

ONCE CUENTOS RUSOS



EDICIONES DEL FUTBOLISTA

ONCE CUENTOS RUSOS

YEHYA, MUÑOZ VARGAS,
MARCOVICH, AGUILAR,
FERNÁNDEZ CHRISTLIEB,
SERRANO, MARTÍNEZ BUCIO,
ORBEA, RUIZ SOSA, IBARRA
Y FERNÁNDEZ



SINALOA
GOBIERNO DEL ESTADO



SINALOA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
PÚBLICA Y CULTURA



ISIC
Instituto
Sinaloense
de Cultura

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



*F*ICTICIA

MÉXICO
2018

ONCE CUENTOS RUSOS

D.R. © Los autores

D.R. © Ficticia, S. de R.L. de C.V.

D.R. © Instituto Sinaloense de Cultura

México, abril 2018

Por Ficticia Editorial

Editor: Marcial Fernández

Director de la colección: Diego García del Gállego

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo

Formación de planas: Mónica Villa

www.ficticia.com

ficticiaeditorial@ficticia.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

ISBN 978-607-521-095-7 FICTICIA S. DE R.L. DE C.V.

ISBN 978-607-8504-18-3 INSTITUTO SINALOENSE DE CULTURA

Impreso y hecho en México/ *Made in Mexico*

CONTENIDO

UN LEJANÍSIMO GRITO DE GOL

NAIEF YEHYA..... 9

MANCHA SOBRE MI PADRE

JAIME MUÑOZ VARGAS..... 21

PÁSELE UN RATITO

GUSTAVO MARCOVICH..... 43

LATERAL IZQUIERDO

LUIS AGUILAR..... 51

COMO VA

FEDERICO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB..... 61

LO QUE IMPORTA ES EL AIRE

PEDRO SERRANO.....79

DE IDA Y VUELTA

GABRIEL MARTÍNEZ BUCIO..... 87

YO, UD., ÉL, ELLA Y EL OTRO

JUAN MANUEL ORBEA..... 99

UN PIE DE VIENTO

EDUARDO RUIZ SOSA..... 115

EL DRAFT

JESÚS RAMÓN IBARRA..... 129

ROBO EN SHANGRI-LA

MARCIAL FERNÁNDEZ..... 139

UN LEJANÍSIMO GRITO DE GOL



Naief Yehya

Naief Yehya nació en México, D.F., en 1963. Reside en Brooklyn, Nueva York. Ha publicado 13 libros de novela, cuento y ensayo. En 1986 ganó el concurso de cuento de la revista Punto de partida. Su título más reciente es la novela *Las cenizas y las cosas* (Literatura Random House, 2017).



Faltaba poco para que empezara el partido.

Quizá no tan poco, pero con la espera de cuatro años todo se veía como poco. Tenía preparada mi butaca frente a la televisión y las cervezas estaban muy muy frías. Cuando estaba listo para sentarme no pude ignorar que los perros me miraban atentamente, no los había sacado y era momento de llevarlos a pasear. Podía fingir no entender sus inconfundibles señales de desasosiego, aunque era cruel tenerlos así, a la espera, a la merced de un pitazo inicial sancionado por una de las instituciones más corruptas del mundo, la FIFA. Les dije que no podía llevarlos, que me entendieran, que debían esperarse hasta el silbatazo final. Sin embargo, como suelen hacer los perros, tan sólo siguieron mirándome con atención y moviendo la cola con fervor. Reconocí que me daba tiempo de ir y volver pese a quererme instalar ya, ver los idiotas anuncios que padecería diez y mil veces mientras durara la Copa del Mundo, escuchar a los analistas repetir lugares comunes e incertidumbres rodeadas de datos específicos que nadie, nadie en el planeta podía recordar y que nunca tendrían relevancia.

—¡Vámonos! —grité y no de buena gana.

Los dos se lanzaron corriendo hacia la puerta, moviendo la cola con felicidad como si hubiera algo que celebrar en el hecho de recorrer dos cuadras para orinar y defecar al modesto y cada día más decadente jardincito situado al borde de la autopista. Me convencí de que era mejor ir en ese momento que en el entretiem po, cuando sin duda estaría más tenso y probablemente angustiado si el marcador no era favorable. Les puse las correas y salí entre jalones y ladridos entusiastas. Afuera todo parecía normal. No se olfateaba el júbilo que el Mundial impone por donde quiera. Esto era el Brooklyn de todos los días, con o sin futbol. No se escuchaban gritos, porras o alaridos filtrados por las ventanas; no se oían televisiones sintonizadas al partido, nadie llevaba la camiseta de cualquiera de los países contendientes en la Copa ni había improvisadas cascaritas callejeras. Reinaba la más convencional y sórdida cotidianidad, como si se tratara de un mundo aparte, en trance, de un agujero negro de la humanidad, donde el futbol era insignificante, deporte de niños de colegio elemental y de niñas con huesos sólidos.

Durante el período mundialista, Brooklyn y asumo que por extensión Nueva York y la Costa Este y el Medio Oeste y el Sur profundo y la Costa Oeste y los demás rancieros parajes que componen este extraño país, vivían en un lóbrego aislamiento, en un descontento, pero patriótico autismo que hacía ver al futbol como una morbosa perversión exótica, como un trapecio que va y viene,

y que da la sensación de volar sin ir a ningún lado. Ser parte de la masa entusiasta a este deporte planetario, aquí no significaba mucho más que ser un salvaje, un mal asimilado, un snob, un inmigrante que venía a robarse el empleo de algún nativo y que, en vez de construir torres, entregar pizzas, abusar de la seguridad social o cuidar las flores en los delis coreanos, perdía el tiempo gritando goooooooooooooooooooooool.

Los perros olfatearon los troncos de los árboles escuálidos, moribundos, abandonados al smog y su suerte. Caminaron con las narices pegadas al suelo hacia los aún más maltrechos arbustos amarillentos que tan sólo sirven para ocultar una inmensa madriguera de ratas, ¿o se dice nido de ratas? ¿O esa era la película de Marlon Brando? De pronto los dos perros comenzaron a jalar hacia adentro del arbusto. Traté de impedirlo pensando que podía ser una rata muerta o, peor, una viva. Pero ellos seguían tirando, como si hubiera algo fascinante. Se negaban a responder a las correas. Entonces me agaché, temeroso de que docenas de roedores con afilados dientecillos y poderosas garritas saltaran a defender su nido o madriguera. Entre las sombras vi lo que parecía un gordo gusano rosado y luego otro. Entendí que lo que fascinaba a mis perros era una mano. Sería la de un hombre que escapaba de la madriguera o del nido de ratas. Tenía que ser un guante o un maniquí o una muñeca inflable. Había visto un reportaje sobre sofisticadas muñecas sexuales, robots programados para satisfacer fantasías

eróticas, pero no se trataba de eso. Imaginé a un explorador emergiendo de la tierra después de visitar una gruta subterránea que desembocaba en el jardín de los perros. Debía irme de ahí, jalar a los perros con fuerza y volver a casa. Pero no lo hice. Busqué algo con que jalar la mano y, al no encontrar nada, me estiré y sujeté uno de los dedos. Al contacto supe que no era plástico, ni látex, sino carne, piel y músculos fríos. La solté al instante como si pudiera morderme, aunque un reflejo extraño me hizo apretarla de nuevo y tirar hacia mí para luego volverla a soltar como si fuera un animal peligroso. Caí sentado y los perros se lanzaron a olerla. Los controlé y quedé en el piso, jadeando, tratando de pensar qué hacer. No podía seguir ahí exponiéndome a que alguien me viera y tuviera que explicar el origen de la mano. Podía irme a prisa, pero de seguro alguna de las incontables cámaras de vigilancia me había filmado y mi escape sería más que sospechoso e incriminador.

Respiré profundo hasta que dejaron de temblarme las manos y creí poder llamar a la policía. Anuncié que acababa de encontrar una mano.

—¿Qué quiere decir con una mano? —respondió la operadora que estoy seguro habrá oído cosas más raras en su carrera.

—Una mano humana, cortada y tirada en un parque —le di la dirección.

No pidió más explicaciones. Me dijo que pronto vendrían unos oficiales, que esperara ahí.

—Pero yo me tengo que ir —le dije—. No puedo estar aquí —añadí candorosamente.

—¿Por qué? ¿A dónde tiene que ir con tanta prisa que sea más importante que una mano humana?

No iba a decir que a ver el partido de México por la televisión. Colgué y me quedé esperando. Del otro lado de la calle pasó un vecino que apenas conozco, pero que me saluda. Lo saludé también con una sonrisa. Creo que pudo percibir mi ansiedad, ya que su rostro cambió en una mueca. No creo que haya podido ver la mano desde donde estaba, aunque creo que mi expresión delató mi desasosiego. Miré mi reloj un centenar de veces en unos cuantos minutos, pensando que esto tomaría más tiempo de lo esperado. Pronto daría comienzo el partido. Los perros también se impacientaban, querían seguir olfateando o por lo menos que les diera su hallazgo. Pensé ir a casa a dejarlos y luego volver a encontrarme con la policía. No era buena idea, pero el inicio del partido y los nervios me hicieron creer que no era tan mala. Supuse que si iba rápido estaría de regreso antes que llegara la patrulla. Comencé a alejarme del jardín, lo cual quizá podía verse sospechoso, aunque me repetía, regreso en un minuto, regreso en un minuto, como si eso pudiera ser prueba de mi inocencia.

Llegó entonces la patrulla en sentido contrario con la torreta prendida, dio un frenazo a unos centímetros de mí y uno de los oficiales, con lentes oscuros y un tatuaje de un lobo en el antebrazo, saltó del auto con la mano sobre su pistola.

—¿A dónde va? —me preguntó a gritos.

Respondí que a casa a dejar a los perros pero que volvería en un instante.

—Vivo a la vuelta, aquí nada más —dije, señalando.

Él no intentó ver en la dirección en la que apuntaba.

—Reportaron una extremidad humana mutilada.

¿Fue usted? —preguntó.

—Sí, yo llamé. Está ahí —señalé de nuevo en la dirección contraria.

—¿Y cómo llegó aquí?

—No tengo idea, mis perros la encontraron debajo de esos arbustos.

—¿Y quién la sacó?

—Los perros —mentí.

Tuve miedo de que me acusaran de haber contaminado la escena de un crimen.

—¿Usted no la tocó?

—No.

—Porque de haberlo hecho habría contaminado la escena de un crimen —comentó.

El otro policía, que acababa de salir de la patrulla, me dijo:

—Y eso junto a que lo encontramos huyendo de la escena sería incriminatorio. Vamos a tener que esperar que vengan los detectives y el equipo forense.

—¿Yo tengo que esperar? Yo nada más la encontré.

—Usted es testigo —dijo el del tatuaje.

—Usted llamó —completó el otro.

—Pero es que debo irme —dije.

—¿A trabajar?

—Bueno, no exactamente.

El agente se bajó los lentes oscuros con el dedo índice, justo lo suficiente para mirarme a los ojos y arrugó el labio superior. No me atreví a mentir más.

—Voy a ver el fútbol. El soccer —corregí—. Es la Copa del Mundo y juega México.

Los dos policías parecían confundidos o indignados. ¿Ahora? ¿Dónde? ¿México?

—Sí, es un torneo muy importante que sólo tiene lugar cada cuatro años.

El más alto de los oficiales se cruzó de brazos, exponiendo a su lobo, respiró profundo y dijo:

—¿No fue precisamente México quien nos descalificó?

—No fue exactamente así —respondí sorprendido, tropezándome con la culpa y las palabras en un idioma que de pronto me parecía rasposo e imposiblemente gutural—. Estados Unidos perdió una cantidad de partidos que debieron ganar.

Me ignoraron y uno dijo:

—Y si no mal recuerdo para la Copa pasada fuimos nosotros los que salvamos a México.

El otro policía, el de la cabeza rasurada, se rio.

—Sí, así fue —dijo y yo asentí, aún sin entender cómo había tenido la suerte o desdicha de encontrarme con los únicos dos policías de la ciudad a los que les importaba y que todavía recordaban el penoso rescate que hizo la selección estadounidense de un México

maltrecho que ya estaba descalificado, al eliminar a Panamá por tres a dos.

—¿No cree que México debió ser más generoso?
—preguntó el de los lentes oscuros.

—No sé. Es que, en el fútbol, en el soccer, las cosas no son así—dije balbuceando como un idiota. Permanecimos en silencio, con la mano amputada a nuestros pies, olvidada. Me miraban con firmeza, como esperando que yo resolviera ahí el dilema moral de una nación, probablemente desagradecida. En esos segundos pensé en las enormes implicaciones de ese comportamiento que, aunque deportivamente era intachable, podía reflejar los clichés y prejuicios que los estadounidenses tenían de nuestro país y de mí. Quizás un contundente: sí, México se comportó de manera canalla me hubiera salvado de la incomodidad y consecuencias de esa situación, pero no pude, simplemente no pude articularlo. En vez de eso pregunté:

—¿Y qué va a pasar ahora con la mano?

Los oficiales parecieron salir del trance. Me ignoraron y se alejaron a la patrulla. Pregunté de nuevo:

—¿Me puedo ir ahora?

Uno respondió negando con el dedo índice.

—¿Puedo llevar a mis perros a casa?

Volvió a negar.

—¿Qué va a pasar con ellos?

—Unos agentes de Servicios Especiales se encargarán.

Miré nuevamente la mano en el piso y a los perros que comenzaban a perder el interés de estar ahí y jala-

«ONCE CUENTOS RUSOS»

DE NAIEF YEHYA, JAIME MUÑOZ VARGAS, GUSTAVO MARCOVICH, LUIS AGUILAR, FEDERICO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, PEDRO SERRANO, GABRIEL MARTÍNEZ BUCIO, JUAN MANUEL ORBEA, EDUARDO RUIZ SOSA, JESÚS RAMÓN IBARRA Y MARCIAL FERNÁNDEZ, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 24 DE ABRIL DEL AÑO 2018, EN LOS TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A. DE C.V., PRIVADA EMILIANO ZAPATA 5947, COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE, PUEBLA, PUE., CP 72550.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES

